

De la pobreza y el dinero en la Venezuela actual

«No hay arte que un gobierno aprenda de otro más pronto que el de sacar dinero de los bolsillos de la gente.»

Adam Smith, *La Riqueza de las Naciones* (p.813)

“La inflación es un impuesto sin legislación”

Milton Friedman

De acuerdo al novísimo índice de libertad económica 2013 del Fraser Institute, Venezuela ha quedado en el último lugar entre ciento cincuenta y dos países (o en el primero se apurarán a decir algunos si colocamos la lista en el mismo sentido de cómo está el país). En su estudio sobre la libertad, este *think tank* canadiense elabora un índice que toma en cuenta 42 distintos elementos. Sin embargo, y concentrándonos quizás en la mayor causa de los viajes venezolanos a tierras foráneas sin pasaje de vuelta, profundizaremos en aquellos elementos que tienden a identificar la libertad económica y personal de los ciudadanos, a saber: la posibilidad de elección personal, el intercambio voluntario, la libre competencia entre agentes económicos y la garantía a la propiedad privada.

Para los venezolanos, la inseguridad y la inflación son la única agenda del día. Hoy es prácticamente imposible caminar sin miedo, y cuando lo hacemos, el dinero nos dura menos que el paseo dominical. Además, si bien esta situación nos afecta a todos, los jóvenes salen especialmente perjudicados (el salario mínimo

real de Venezuela ronda los cincuenta y cinco dólares mensuales, sin olvidar que además es éste el país con más personas devengando salario mínimo).

De hecho, el equilibrio entre natalidad y mortalidad ha mejorado. Pero no por mejores políticas anticonceptivas, sino por el aumento en el índice de homicidios y desaparecidos. Se pretende destacar además que contrario a la creencia común esto no afecta sólo a los más pobres –que también son los más en Venezuela- sino a todos los estratos de nuestra sociedad. Y para demostrarlo le desafío a que consiga en un día a diez personas que nunca hayan sufrido al menos un robo en nuestro país.

Por tanto, creo no debería esforzarme mucho en identificar las causas del descontento del venezolano. A este problema, el actual gobierno ha tenido la brillante idea de crear el Viceministerio de la Suprema Felicidad. Sin embargo, y tal como lo repitieron incansablemente los premios Nobel: Hayek (1974) y Friedman (1976); la solución no está en confiar en el gobierno, sino en desconfiar de él, tal como decían los padres fundadores de Estados Unidos.

No existe ni un solo ejemplo en la historia humana que demuestre que dándole más poder al gobierno se logre avanzar. Y de hecho esa actitud de los gobiernos es congruente, ya que si los gobiernos están justificados para intentar solucionar los problemas de sus gobernados, lo peor que pueden hacer para su propia existencia es realmente solucionarlos (ningún cerdo come con la intención de servirnos después como tocino, sino para alimentarse y sobrevivir).

En consecuencia, lo más seguro que busque cualquier gobierno de turno es perpetuarse en el poder y, para lograrlo, no queda otra vía que crear más problemas para así reclamar más poder. Este es el perverso círculo vicioso-malicioso del *intervencionismo* del que habló Ludwig von Mises, ya que una vez intervenida cualquier esfera del mercado por el gobierno, por pequeña que sea, nunca será suficiente para arreglar el problema y la única solución será entonces seguir interviniendo; es decir, los fines propuestos por cualquier gobierno al no ser logrados –no cumpliendo las bien o no intencionadas proyecciones, su lógica es seguir interviniendo hasta el punto de controlar la totalidad de la propiedad y con ello, la estatización total. Recordemos que a mayor intervención gubernamental menor libertad para sus gobernados. Como bien dicta von Hayek en su obra *Camino de Servidumbre*: “cuanto más «planifica» el Estado, más difícil se le hace al individuo su planificación”.

No nos queda entonces más alternativa que desconfiar de cualquier gobierno (pese a lo bueno que parezca ser), o lo que vendría a ser lo mismo, limitarlo. Sólo así lograremos que los malos gobernantes nos hagan el menor daño posible.

¿Y cómo lo limitamos? Una de las mejores maneras de hacerlo es quitándoles la maquinita de hacer dinero, o como diría mi abuela: obligándolos a que se *arropen hasta donde les alcance la cobija*. De esta manera, si ellos se equivocan, son ellos y no nosotros quienes pagamos por sus errores.

La solución por tanto es dejar descansar a los nada fuertes bolívares y pasar a los tan característicos billetes de color verde lechuga. De dar este pequeño paso de gigante, terminaremos con la costumbre de nuestros gobernantes de imprimir dinero cada vez que se les ocurre un nuevo programa social o para financiar una campaña con intenciones de eternizarlos en el poder.

Algunos dirán que esta no es la solución, que eso sería perder nuestra soberanía financiera, y que la solución en todo caso va de regular y controlar férreamente las políticas monetarias del Banco Central o crear nuevos mecanismos de supervisión hacia el destino de los fondos. Sin embargo eso no sería más que continuar en la ya explicada falacia del intervencionismo (ya que después será necesario el control del control, y así sucesiva e infinitamente) con un toque de trasnochado populismo. Para quien suscribe, al final se trata de hacer al gobierno responsable de sus actos, y esto sólo lo podemos lograr si les prohibimos imprimir dinero de mentiritas.

De hecho, en palabras de Friedman, limitar al gobierno es ganar soberanía como consumidores. O mejor dicho, libertad, que viene a ser lo mismo y es lo que realmente importa. Al dolarizar la economía, ya no existirán más Bancos Centrales que funjan como la caja chica del Presidente; obligando así a los gobernantes a utilizar sólo el dinero que realmente tienen.

Veámoslo en números. En 1956 el bolívar (los débiles, aunque estos en realidad eran los fuertes) era la moneda más estable y valiosa del continente; y en 1957 teníamos el ingreso per cápita más alto del mundo (recordemos la famosa

deuda que le debían a Kennedy, quien al tener que decidir en cual moneda recibir el pago, optó por el bolívar por tratarse de la moneda más estable del continente). Pero gracias a esa arraigada costumbre de nuestros gobernantes de imprimir dinero sin respaldo para proveer de “pan y circo” al país en sus campañas, pasamos en menos de sesenta años a tener la única moneda en Occidente con inflación de dos dígitos. De hecho, este año tenemos la inflación más alta del mundo, alcanzando un récord histórico que ya sobrepasa el 50%. Mientras tanto, Ecuador, país que dolarizó su economía en el año 2000, goza de una inflación interanual menor al 2,5%.

Lo anterior es de sumo interés, ya que tanto en Venezuela como en Ecuador existen gobiernos populistas de izquierda; y ambos han aprovechado la inesperada subida en los últimos años del precio del petróleo para aumentar su gasto público. Es decir, el problema de la inflación no obedece a criterios ideológicos o políticos, el problema estriba en la confianza que inspira la moneda y en si existen o no Bancos Centrales con máquinas para imprimir billetes. Mientras Venezuela con su bolívar nada fuerte se empobrece cada año a un ritmo más acelerado; Ecuador crece económicamente debido a que sus políticas fiscales (independientemente de si son buenas o malas) no afecta el ahorro ni el ingreso de los ecuatorianos. Inclusive el actual presidente, Rafael Correa, quien antes y durante su candidatura prometiera el regreso de una moneda y un Banco Central nacional, hoy es el primero en defender la dolarización de su país.

Y es que gracias a la dolarización, hoy los ecuatorianos pueden ahorrar. Después de una inflación tan fuerte como la nuestra (la cual creció hasta un

200%), nadie quería tener los Sucres en sus cuentas de ahorro. Tal como sucede hoy en nuestro país, los bienes aumentaban cada semana y con cada aumento de la inflación los salarios rendían menos. Pero después de la medida tomada por el entonces presidente Jamil Mahuad, los ecuatorianos ganan cada año más poder adquisitivo, o en otras palabras, pueden comprar las mismas cosas y hasta más que antes pero con bastante menos trabajo. Y no tienen miedo de quién llegue al poder, ya que al no existir un Banco Central sujeto a los caprichos del gobernante de turno, los ecuatorianos pueden ahorrar sin temor a devaluaciones repentinas o altos índices inflacionarios. He allí las ventajas de tener una moneda estable.

Es ésta la vía más fácil y rápida que se debería adoptar. Y es que si bien no es tan molesto tener la cara del Libertador en nuestros bolsillos, si me preocupa que el verbo “*ahorrar*” se haya convertido en la utopía del venezolano. Además, de adoptar el dólar como moneda oficial –y de respetar la propiedad privada, eje fundamental del libre mercado-, se atraerían nuevamente capitales extranjeros lo cual deviene en mayor desarrollo y productividad para el país.

Pero el efecto más importante de “*lechuguizar*” la economía venezolana sería el regreso de nuestra libertad, tanto personal como económica. Se trata de un efecto dominó: Con una moneda libre y un gobierno limitado, el venezolano podrá ahorrar; con esos ahorros, podrá invertir; con esa inversión, creará empresas y empleos; y con esos empleos, disminuirá la pobreza (debido al crecimiento y desarrollo del mercado), y al disminuir la pobreza, no sólo podremos seguir ahorrando sino que además la inseguridad también disminuirá, ya que nadie estará constreñido a robar para conseguir el pan o comprar una casa. No es

casualidad que mientras más desarrollado es un país más seguridad personal tienen sus ciudadanos (la actitud de intentar combatir la inseguridad con más alcabalas no es más que otra variante del malicioso círculo del intervencionismo).

Hoy son tres los países con economías dolarizadas: Ecuador, Panamá y El Salvador. Ninguno se ha arrepentido. Todos coinciden en que haberlo hecho ha resultado en mayor libertad individual. Por mucho que sean los esfuerzos, no se encuentra ninguna razón respetable para defender la continuidad del bolívar. Y es que la inflación y la pérdida del poder adquisitivo se ha vuelto una realidad tan constatable que ni los gobernantes -quienes tienen sobradas razones para defender la moneda nacional, toda vez que sólo con ella pueden empobrecernos a capricho- quieren cobrar su salario en bolívares (recordemos que al final de cuentas los políticos, como cualquier otro individuo en sociedad, persiguen sus propios fines). Como diría Thomas Sowell: «La política es el arte de conseguir que tus intereses egoístas parezcan intereses nacionales».

Y es que si –casi- todos en Venezuela queremos a los billetes color lechuga, ¿Por qué no sincerarnos y usarlos de forma oficial? Lo anterior no sólo supondría la eliminación del control cambiario y sus nefastos organismos, sino además una considerable reducción en la corrupción al quitarles a los burócratas la malvada institución con la que preparan sus tan famosos *guisos de aguacate*.

No obstante, e incluso con una economía dolarizada, si no hemos aprendido la verdadera lección el perverso monstruo del intervencionismo regresará más temprano que tarde. Al final se trata de comprender que poder y

libertad son antitéticos, por lo que no puede crecer uno sin desmedro del otro. En la medida que más le demos poder al gobierno –el cual siempre buscará disfrazarse de salvador-, menor libertad individual vamos a tener. Y mientras más poder tenga el gobierno, más fácil le va a ser someternos a sus intereses. Si realmente queremos ser libres, no queda más remedio que limitar a los burócratas lo máximo posible.

Gaius